

Nicaragua: trío de ases*

Miguel Ángel Flores

ESTACIÓN DE PASO O ESTACIÓN TERMINAL. México ha estado ligado a los poetas nicaragüenses de forma entrañable. Ha sido o fue, para algunos de ellos, refugio, y para todos, campo de ejercicio de sus aptitudes y vocaciones literarias; para unos más, para otros menos. Los periódicos, las revistas, las editoriales de nuestro país les han abierto sus páginas y la publicación en México ha sido el comienzo o la consolidación de sus obras. Siempre lamentaremos que los tiempos turbulentos no hayan permitido a Rubén Darío ascender a la cima del alto valle metafísico, nos perdimos así de su experiencia y su presencia. Los poetas nicaragüenses aquí escribieron, aquí leyeron, aquí se abrieron, muy ampliamente, al ancho mundo de la letra escrita. Enriquecieron a la poesía mexicana y de ella recibieron estímulo. Gran parte de los poetas nicaragüenses no pueden prescindir del capítulo México. Nosotros no podemos pasar por alto el prodigio de sus frutos verbales. Han sido enseñanza para nosotros y les debemos gratitud por la calidad de su poesía. Entre nosotros vivió uno de los grandes fundadores de la vanguardia latinoamericana: Salomón de la Selva; la UNAM recibió como estudiantes a Ernesto Cardenal y a Ernesto Mejía Sánchez, y publicó el primer libro del primero. Ernesto Mejía Sánchez hizo de México su casa; decidió residir entre nosotros aportándonos su sabiduría y haciéndonos partícipes de vastos conocimientos mediante la cátedra en la Universidad Nacional Autónoma de México y de sus eruditos libros.

Sin embargo, los tiempos han desdibujado sus obras, su presencia, sus biografías. A veces se percibe como un tenue hilo su vinculación con México. Las causas: muchas y complejas. Para los jóvenes poetas los autores nicaragüenses de relieve se han convertido en una presencia lejana, en el mejor de los casos; en el peor: figuras totalmente ignoradas.

Obras tan excelsas no se merecen ese destino. La poesía escrita en español no puede prescindir de ellos: son fundamentales en la formación del espíritu moderno de nuestra poesía. Y su lección, en la que han combinado sus profundos conocimientos de los autores del Siglo de Oro español con las enseñanzas de la vanguardia del siglo xx, es de gran relevancia.

Afortunadamente, para reconstruir esta historia, para no olvidarla y hacerla un acontecimiento vivo, contamos con los dones literarios de Moisés Elías Fuentes,



Ernesto Cardenal lee sus poemas en La Chascona, Santiago, Chile. Fotografía: Roman Bonnefoy

* Palabras leídas en la presentación del libro, el 20 de mayo de 2014 en la Casa del Tiempo.

que vio la luz en Nicaragua, creció en su país, donde adquirió una sólida formación que le ha permitido ser un excelente lector de poesía, un riguroso estudioso del fenómeno literario y un prosista de altura. Prendas que ha puesto al servicio de la docencia y la divulgación de la poesía. Como todo en la vida, el azar lo trajo a nuestras tierras y aquí decidió fundirse con nuestro paisaje cultural, ser parte de él: adquirió por ello la nacionalidad mexicana. Así nuestra gratitud con Moisés es doble. Digo estas palabras por cortesía, pero también con la sinceridad de quien ha visto enriquecidos sus conocimientos sobre la poesía nicaragüense y ha tenido horas inolvidables leyendo a los poetas de su país de origen gracias a las antologías que ha preparado.

Hace dos años Moisés Elías armó una antología con los maestros de la vanguardia nicaragüense. Aquí lamento decir que la crítica literaria casi ha desaparecido de los suplementos y revistas culturales, de las secciones de cultura de los periódicos; nos preguntamos quiénes ha reemplazado a los editores de cultura de los periódicos que sabían valorar la importancia de los libros que en su momento fueron novedad. Este lamento se debe a que esa antología que preparó Moisés es todo un acontecimiento pues sitúa en su contexto, con las armas de la erudición, a los poetas nicaragüenses que dieron un nuevo rostro a la poesía de la tierra de Sandino. El libro: *El lago y la torre, seis poetas vanguardistas nicaragüenses*. Allí tenemos el mapa y las coordenadas de lo que ha significado la renovación de la poesía en el capítulo de la lengua española. El libro nos permite entender cómo se dio orgánicamente la suma de la obra que fundó la vanguardia de Nicaragua y trascendió sus fronteras.

Prosiguiendo con esta importante tarea de divulgación, Moisés nos entrega ahora una muestra de los tres poetas más importantes que siguieron a la generación vanguardista, y que han hecho con sus obras una contribución de gran nivel a la poesía escrita en español.

El milagro de Nicaragua consiste en que en su suelo han surgido voces relevantes y geniales como Rubén Darío. Un país pequeño, marginal en el contexto latinoamericano, con una historia desdichada, marcado por profundas desigualdades sociales, que se

traducen en la carencia de lectores y por ende de editoriales, ha sido capaz de poseer una de las tradiciones literarias más ricas de nuestro continente. Y si hablamos de paradojas, podríamos decir que hay una relación inversa entre la importancia de sus poetas y la pobreza de su medio editorial. Parte del milagro se explica por las excelentes instituciones educativas que poseyó en el pasado; ignoro qué pasa ahora. Los jesuitas, con sus escuelas, transmitieron a sus discípulos el rigor de la disciplina y la solidez de los conocimientos.

El libro que nos ocupa, *Andanzas y voces de los tres Ernestos: generación nicaragüense del 40*, se refiere a los poetas Ernesto Mejía Sánchez, Carlos Ernesto Martínez Rivas y Ernesto Cardenal, nacidos sucesivamente en la primera mitad de los años veinte: Mejía Sánchez en 1923, Martínez Rivas en 1924 y Cardenal en 1925. Tuvieron en común el nombre de pila, aunque hay que señalar que Martínez Rivas, para efectos de su carrera literaria suprimió su segundo nombre. Mejía Sánchez y Cardenal vivieron y estudiaron en México, y el vínculo más significativo de Martínez Rivas con nuestro país fue la publicación de su único libro: *La insurrección solitaria*. Creo recordar que la efímera editorial Vuelta lo reeditó en los años noventa, por cierto, acribillada de erratas. Fueron contemporáneos, compatriotas, los unificó el culto al malogrado y notable poeta Joaquín Pasos, compartieron los mismos intereses literarios, y cada quien tomó su propio camino en la vida. Mejía, la docencia en la UNAM; Cardenal, la profesión religiosa, que lo llevó a residir en varios países, y a combinarla con la militancia política, motivo de su alto perfil mediático, y Martínez Rivas, el de vida errática, el de los varios oficios y muchas necesidades, que anduvo entre dos continentes y que fue afectado seriamente por el suicidio de su madre, terminó en la diplomacia, al servicio de la sanguinaria dinastía Somoza, como Salomón de la Selva (en este aspecto, sus actos parecen escenificaciones surrealistas), y desempeñando labores editoriales en Costa Rica: el alcohol lo consumió. La obra fue breve; el genio, inmenso.

Con su acostumbrado rigor y seriedad, con su sentido crítico, buena prosa y dominio del tema, Moisés inicia su libro con un prólogo en el que se destacan los

rasgos más notables de tres estilos de escribir poesía que tienen en común su habilidad para combinar, como ya lo habíamos señalado, lo permanente de una tradición: la música del poema, los patrones de la versificación y las formas establecidas, con un enfoque que toma lo esencial para dar la vuelta a esa música, elaborar una versificación que no se apega estrictamente al canon, pero que no abandona el espíritu del verso bien construido, para entrega, todo expresado con un tono adánico. Retomaron la lección de sus mayores (Pablo Antonio Cuadra, Coronel Urtecho, entre otros) y dieron gran vitalidad a la poesía. La que se apegó a la exigencia de Octavio Paz en el orden de la creación poética, para hacer de ésta una actividad permanente de renovación y de renacimiento. En una carta a José Luis Martínez escribió Paz: “La literatura es joven cuando los autores, sean jóvenes o viejos, cambian el lenguaje de una época —en el sentido más amplio y radical de la palabra lenguaje: la visión del mundo y de las cosas.” Ese fue precisamente, desde su profunda individualidad, el logro de los Ernestos, lo que hace que leamos su poesía como los nuevos clásicos cuya expresión no envejece.

Nos dice Moisés Elías: “sus proyectos de vida los convirtieron en hombres entregados a una vocación, en los casos de Mejía Sánchez y Cardenal: y amarrado a un sentimiento de pérdida e incomunicación, en el caso de Martínez Rivas, porque al poeta el suicidio de su madre, doña Bertha Rivas Novoa, le dejó una sensación de vacío y la persistencia de un espectro afligido que no lo abandonó sino en la muerte”.

El antólogo incluye en su libro los poemas más representativos y notables del trío de autores. Destaquemos que el trabajo realizado por Elías nos da la oportunidad de tener al alcance poemas que son inconseguibles en la actualidad. Así de Mejía Sánchez se reproduce su gran poema “La carne contigua”, alarde de dominio lingüístico y de reelaboración de la escritura y los mitos bíblicos, y poemas en prosa en los que fue maestro y cuya lectura lo confirma como un virtuoso de este difícil género. De Cardenal se incluyen sus notables relecturas de los clásicos latinos que le permiten actualizarlos mediante el epigrama que es como un juego de espejos entre las particularidades de la vida



*Andanzas y voces de los tres Ernestos.
La generación nicaragüense del 40*
Selección y prólogo de Moisés Elías Fuentes
México, UAM (Molinos de Viento 157)
2013, 174 pp.

romana y la nicaragüense, y los poemas que son toda un alarde de incorporación de los recursos de Ezra Pound, su prosaísmo y expresión directa, y que han hecho su fama como “Hora 0”, y el hermoso canto fúnebre a Marilyn Monroe. De Martínez Rivas tenemos las llamas de la pasión, de la soledad y del extraviado sentido de la vida expresado con desolación; lo único que sostiene al poeta en su menguada vitalidad es el encandilamiento ante la belleza femenina. No puedo evitar terminar esta presentación citando algunos de sus versos:

Y oye qué nueva trinidad tan pura:
tú, yo y el aire. Y los tres somos uno.
Por eso, a través de tu cuerpo
puedo contemplar todo el cielo.
Como si lo tuvieras dentro de ti.
Y tu esqueleto brilla como los hilos de una lámpara.
Y de tu corazón, en vez de sangre,
sale un río astronómico y celeste, que en orden
y de pies a cabeza te recorre.

Muchas gracias, Moisés. 🌿